

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 1988-2564

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.71615> EDICIONES
COMPLUTENSE

Sadin, Éric, *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*, Buenos Aires (Argentina), Caja Negra Editora, 2020, 328 pp.

El filósofo francés Éric Sadin (1972) viene desarrollando una serie de estudios sobre cómo las tecnologías disruptivas moldean e imprimen riesgos y desafíos a la sociedad. En esta misma editorial se han traducido dos ensayos clave: *La humanidad aumentada* y *La siliconización del mundo*, que muestran los efectos de la digitalización en las sociedades contemporáneas. En la obra que nos ocupa, *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*, Sadin busca dar un paso más, entrando de lleno a algo que en sus anteriores escritos solo había tocado de forma tangencial: la inteligencia artificial, que tiene bastante que decir sobre nuestra idea, siempre en construcción, de qué sea lo real.

Las dos preocupaciones que vertebran el libro son las siguientes: (i) existe una investidura *aletheica* de la IA; (ii) la auténtica finalidad de esta se halla en orientar la acción. De lo que, como comentaremos, la principal consecuencia que el autor extrae es el advenimiento de un nuevo orden de las cosas. Así, el diagnóstico inicial señala que la técnica ha mutado, con lo que, a diferencia de la época en la que escribían algunos pioneros de las tesis de Sadin (como Jacques Ellul o Günther Anders), la técnica deja de leerse como un campo relativamente autónomo para pasar a infectar de algún modo todos y cada uno de los campos restantes, generando un mercado de múltiples actores enfrentados. Entonces, reflexionar sobre la inteligencia artificial obliga a hacer filosofía política, precisamente porque ella se yergue como la meta actual de lo político; lo que lleva a Sadin a rechazar que la técnica sea algo neutral que depende del uso que le demos, sino que en nuestros días las finalidades perversas ya están en su origen: a su juicio, estas tecnologías están enfocadas, en última instancia, a orientar la acción humana y, por tanto, hacen flaquear la voluntad del hombre. Con este libro, que bien podría denominar siguiendo sus intenciones «dispositivo», se pretende oponer un contra-imaginario que nos brinde una alternativa emancipatoria.

La propia evolución de la inteligencia artificial (de unas pocas décadas atrás a nuestros días) va haciendo que la frontera cada vez sea mayor entre las máquinas y nosotros, cada momento que pasa ese otro nos resulta más extraño, con procesos afines a los cerebrales en cuanto a su incertidumbre; es decir, procesos de los que no podemos decir exactamente por qué se producen

(recuérdese la comparativa leibniziana entre un molino y un cerebro: pese a entrar en su interior no logramos saber qué está ocurriendo). En la era de la posprogramación la gramática ya no es la de los parámetros previos dictados por el hombre, sino que se va generando de forma singular (véanse los coches autónomos). Sadin denomina a estos artefactos «agentes computacionales autónomos» (p. 77), los cuales –por decirlo metafóricamente– se independizan de sus padres. Hay unas reglas de partida a partir de las cuales la máquina empieza a aprender y a tomar su ‘camino’ (incluso con una lógica, a mi entender, neoliberal de «sé tu propio jefe», «emprende», «toma tus propias decisiones»). Muchas IA no solo dan solución al objetivo por el que fueron lanzadas, sino que, como ya señaló Norbert Wiener, buscan otros fines que *creen* que son capaces de satisfacer. Entonces, para Sadin, la IA trae consigo nuevas formas de racionalidad, las cuales tienden a fundirse con nosotros, pero esto no constituye en sí mismo ninguna sorpresa (ni siquiera ninguna novedad), pues de ello viene dando cuenta desde hace años la teoría cyborg. Van conformando lo real, transformándolo, dado que la forma en que nos liberan de las apariencias provoca fisuras en lo real, en las cosas, cuya resistencia cada vez se halla más mermada, el orden superior que se pretende exige que el velo sea quitado por completo (de ahí que Sadin hable de «la emergencia de una *aletheia* algorítmica» (p. 16)).

A pequeños pasos, la IA coloniza nuestra vida cotidiana: nos indica qué cocinar, analiza nuestra orina cuando vamos al baño por la mañana y nos dice qué hacer en caso de necesidad, nos da la ruta a seguir en los viajes, etc. Nos reduce a un perfil. Aparecen dos consecuencias eminentemente éticas. Por un lado, como adelantamos, orienta nuestra acción, termina por ser aquello que tanto preocupó a la filosofía moral: el motivo para actuar. Esto último es muy sugerente, y pienso que vale la pena expresarlo con las palabras del autor: «toda verdad enunciada oculta, *in fine*, una dimensión performativa» (p. 96), y el problema es que a la enunciada por la IA la dotamos del más alto estatus de verdad, con lo que su realización es poco menos que obligatoria; así, «el desafío parece ser encontrar la manera de *adecuarse a esta aletheia lo mejor posible*» (p. 100). En segundo lugar, la IA se convertiría en la principal productora de lo que los griegos llamaban *eudaimonia*, por lo que, de algún

modo, quien no sea feliz es porque no quiere (filósofas como Sara Ahmed o Laurent Berlant han analizado en profundidad este dogma de la felicidad), lo que también pone en jaque otro concepto capital de la filosofía moral: el de responsabilidad.

Hasta tiempos recientes lo real era un lugar de apertura donde existían múltiples cursos de acción, sin embargo a Sadin le preocupa la tendencia a «neutralizar toda eventualidad de los riesgos por venir» (p. 119) imperante en la ideología IA, como en el caso de programas que en base a unos datos que se suponen objetivos calculan la probabilidad que tiene un reo de delinquir (una lógica capitalista de disminuir los costes y aumentar la eficacia, en este caso, del sistema judicial). Pero lo que de veras ocurre es que se oculta la intencionalidad que hay detrás de estos dispositivos algorítmicos, disfrazándolos de falsa neutralidad y difuminando los movimientos de poder implicados. Una de las tesis sorprendentes que encontramos se relaciona con la medicina. La medicina parecería justificar por sí sola la existencia de la inteligencia artificial, aunque deja de estar tan claro si observamos esa cara oculta en la que la medicina es dirigida por imposiciones por parte de la técnica y los poderes económicos (¿acaso no es la medicina en sí misma una técnica?). Y, sobre todo, no cae en el principal problema de la medicina parasitada por la transformación digital; a saber, la pérdida de la narratividad o transmisión de la experiencia, que conlleva en la mayor parte de los casos una injusticia epistémica.

Lo anterior desencadena un trastocamiento en el marco político hacia un gran Leviatán algorítmico, que ha forzado lo real para que respondiera a sus planteamientos, culminando esa vieja aspiración de reducir el mundo a caracteres matemáticos. Nos remite Sadin a la «vasta inteligencia» de Laplace, que se consumaría con la capacidad de computar todos los datos, que nos abriría las puertas no solo del pasado, sino también del futuro. Y es que en el núcleo de la inteligencia artificial se incluye «la institucionalización de un modo de organización de los asuntos comunes» merced de «un principio de gobernanza que tiene valor de constitución política» (p. 162). Son ahora los algoritmos el príncipe que actúa por nuestro bien sin necesitar consentimiento alguno, y generan un mundo de valor esencialmente utilitario y autorregulado (la quintaesencia de la mano invisible smithiana).

Asimismo, la inteligencia artificial permite comparar todo con todo (incluidas las personas, que antikantianamente pasan a tener precio), ya que su mismo espíritu descansa en este procedimiento: en duplicar cada ente dando lugar a un «real duplicado» en forma de códigos, con el cual entramos en contacto; por ejemplo, aplicaciones de citas, como Tinder, permiten al usuario trazar comparativas antes de dar el visto bueno al deslizar la pantalla y, de esta manera, cree Sadin, emerge un cambio operado a escala social que da paso a una «antropología de lo comparativo». El subtítulo del libro hace a estas alturas acto de presencia, pues se certifica un antihumanismo radical habida cuenta de la brecha insalvable entre la IA y lo humano. Así, frente al antihumanismo de la IA, «el humanismo que defendemos consiste en favorecer la

plena expresividad de cada uno de nosotros en el ejercicio de sus tareas» (p. 176). Oponernos a lo que nuestro autor denomina la «administración automatizada de las conductas» (p. 219) resulta perentorio. Situaciones como el famoso puntaje del sistema de crédito social chino van progresivamente quedando obsoletas, dado que esas formas de ‘vigilar y castigar’ (por usar el célebre sintagma foucaultiano) serán progresivamente desplazadas por los mecanismos de IA que lo que pretenden es, de antemano, influir sobre las acciones (lo que va mucho más allá que la mera recopilación de datos, por escandalosa que esta sea). Las lógicas colonialistas que hay detrás de la IA, que invaden cada campo, echan por tierra la clásica distinción aristotélica entre *polis* y *oikos*, puesto que estas tecnologías se focalizan en orientar nuestra acción a cada momento, necesitan estar siempre presentes. El control es una cosa del pasado, la nueva forma de la modernidad es el influjo. «Pasamos, en menos de una generación, en algo así como tres décadas, del estadio de la sociedad llamada ‘de la información’ a una episteme dotada de una captura *en tiempo real de los fenómenos del mundo*» (p. 248).

Sadin apuesta por una resistencia a estos fenómenos diferente a la habitual (curiosa si atendemos a la especie de cuento que sitúa a modo de epílogo), donde las movilizaciones y asociaciones en defensa de la protección de los datos individuales, como una forma de preservar la vida privada, reducen la libertad a algo estrictamente individual, despreocupándose por cotas más altas como pueden ser los modos de existencia que se siguen de sus actividades. A su juicio, hemos de combinar una ética de la responsabilidad y una política de la acción a la altura de estos desafíos, que den la lucha a lo que —entiende— extenderse terminaría en el fin de lo político.

La inteligencia artificial o el desafío del siglo resulta una obra recomendada para quien quiera hacer filosofía de la inteligencia artificial; ahora bien, si usamos el conocido binomio de Umberto Eco entre apocalípticos e integrados, tenemos que afirmar que Sadin se nos presenta como un genuino apocalíptico (véanse pp. 21, 30, 75-6, 135, 174, 276 o 294; en esta última llega a pedir que se legisle para prohibir estos dispositivos, que piensa que conducen a ese antihumanismo radical). Pese a todo, creemos que la bibliografía que maneja es escasa y, en muchas ocasiones, de circunstancias (artículos periodísticos, apologéticas...); hay una excesiva remisión al mundo francés, evitando el conflicto con algunos autores de referencia en el campo; un desprecio excesivo a la nueva ley de protección de datos sin analizar sus fundamentos ético-políticos; una lectura sesgada de la renta mínima; ataque al individualismo y elaboración de soluciones paradójicamente de corte individualista; una idea de verdad como adecuación muy burda, etc. De hecho, el libro ha envejecido muy pronto, ya que, por ejemplo, carga contra la transformación digital del ámbito educativo (p. 295): uso de *tablets*, plataformas online o libros electrónicos, ¿opinará lo mismo Sadin después (o mejor dicho durante) la experiencia poscovid?

Óscar Díaz Rodríguez
odiaz01@ucm.es
oscardiazlangreo@gmail.com